

Serie de monografías de práctica
Alan Keith-Lucas, Ed.

Nº. 2

**Así que te quieres hacer trabajador social:
Manual elemental para el estudiante cristiano**

Alan Keith-Lucas

Asociación Norteamericana de cristianos en el trabajo social

ISSN 85756-5013

Así que te quieres hacer trabajador social:
Manual elemental para el estudiante cristiano

Por

Alan Keith-Lucas

Asociación Norteamericana de Cristianos en el Trabajo Social

St. Davids, Pennsylvania

©1985

North American Association of Christians in Social Work

Box 90

St. Davids, PA 19087

Todos los derechos reservados

Impreso en EEUU

Índice

Prefacio

Puntos en común y distintos

El trabajo social y las creencias cristianas

La naturaleza de los seres humanos y de la sociedad

Perspectivas de la fe del individuo en el trabajo social

El trabajo social y la Biblia

El trabajo social y el pecado

La perspectiva cristiana del sufrimiento

El trabajo social y atestiguar

Lo espiritual y lo material

El trabajo en una agencia seglar

Prefacio: ¿Para quién fue escrito este manual?

Muchos cristianos eligen con naturalidad la carrera de trabajo social. Siendo amados por Dios, desean compartir algo de ese amor con los que son pobres o que sufren o que necesitan algún tipo de ayuda. Unos optan por trabajar en una agencia específicamente cristiana, otros sin embargo trabajarán dentro de programas que no tienen una base específicamente cristiana pero que forman parte de la red establecido en este país, en sus comunidades y por el gobierno, para ayudar a los que lo necesitan. Conviene que sea así. A esas agencias les necesita como empleados a gente que sea cristiana. Sería triste si los cristianos sólo se encontraran en agencias patrocinadas por las iglesias y que todos las demás agencias fueran provistas de personal no cristiano.

Pero cierto es que como profesión, el trabajo social se ha enseñado durante los últimos cincuenta años por principios humanísticos. A veces incluso ha criticado la religión, o ha pasado por alto las revelaciones que la religión pueda contribuir a la disciplina. Y aún si un trabajador social aspirante ha hecho sus estudios en una universidad cristiana o trabaja en una agencia cristiana, tiene que tratar constantemente con un conjunto de conocimientos y de valores que tienen raíces humanísticas. Si él o ella quiere conseguirse alguna credibilidad como miembro de esta profesión y de ejercer el ésta alguna influencia, tendrá que acomodarse, o un acuerdo de diferir, entre las creencias cristianas del trabajador y lo que la profesión aprueba como trabajo social aceptable.

Todo ello no soportan siempre fácilmente los trabajadores cristianos. A veces tendrán que reflexionarse cuidadosamente como sus creencias religiosas afectan su práctica de trabajo social -- como deben ejercer su misión de propagar el evangelio, o sus convicciones a propósito del pecado, o la autoridad de las Sagradas Escrituras – no para renunciar a sus creencias sino para la manera de integrarlas en su práctica. Este libro intenta hablar de esos problemas y de ofrecer, en la medida de que lo pueda, unas sugerencias para el asunto. Sin embargo, su conclusión general que no se trata de problemas insolubles. El cristiano puede volverse no sólo un buen trabajador social sino uno con una visión más clara de lo que puede alcanzar el trabajo social y como se conuerda con las intenciones de Dios en el mundo.

I. Puntos en común y distintos

El trabajo social seglar y la religión comparten varios valores, por supuesto. Eso lo ha hecho posible para un cristiano, como el Padre Biestek, escribir sobre el trabajo social de una manera aceptable a todo trabajador social, que sea seglar o religioso, sin comprometer sus propias percepciones cristianas de ninguna manera. Es lo que hace posible que los cristianos jóvenes puedan elegir el trabajo social tanto como carrera como para ejercer la fe.

Los trabajadores sociales de cualesquiera convicciones probablemente pueden ponerse de acuerdo sobre el valor y la dignidad de todos los seres humanos, y acerca de la proposición general que los hombres y las mujeres tienen el derecho de la autodeterminación dentro de ciertos límites. Otro enseñante religioso de trabajo social, el Padre Swithun Bowers, llamó a éste un “derecho dado por Dios” pero los trabajadores sociales seglares también estarían de acuerdo que sea importante. La mayoría de los trabajadores sociales están de acuerdo en que se necesitan la compasión y la comprensión, y, como lo notó Paul Halmos en su libro *The Faith of the Counselors*, en cuanto a la victoria final del amor y de la esperanza sobre el odio y la desesperanza. Además estarían de acuerdo sobre los propósitos generalmente aceptados de la ética, como la honestidad, la imparcialidad, la justicia, y las prohibiciones en contra de explotar a los que ayudan o de discriminar contra éstos por razones irrelevantes de, entre otras, la raza, la edad o el sexo.

Esta coincidencia aparente de valores se debe por lo general a dos factores relacionados. El trabajo social se desarrolló en una sociedad que honró, y que en la mayor parte todavía honra, lo que se conoce como la tradición judeocristiana, que enfatiza la amabilidad y la justicia. Además se desarrolló el trabajo social principalmente dentro de la iglesia cristiana y de la sinagoga. Casi todo el trabajo social se practicó bajo auspicios religiosos hasta fines del siglo XIX.

Sin embargo, se puede prestar demasiada importancia a esos puntos en común. Existen en mayor parte al nivel de declaraciones general de principios, definidas en términos a los que ninguna persona honrada pudiera oponerse. Pero cuando se examinan de más cerca, percibimos que esos principios tienen un significado distinto para gente de creencias distintas. Hasta la declaración acerca de la dignidad y valor del hombre quiere decir algo muy diferente para el humanista seglar y el cristiano. Para el humanista seglar enfatiza la autonomía de la humanidad así como la capacidad de superar a sus problemas y a las de la sociedad por sus propios esfuerzos. Sin embargo, para el cristiano, el valor del hombre no procede de su propia fuerza sino, en cierto sentido, a causa de su debilidad. Son los seres por quienes el Cristo debió morir, si fueran a tenerse un futuro. Hace una gran diferencia en la manera de tratar a la gente o de considerar sus fracasos.

En efecto, es el problema de los principios grandilocuentes: parecen unírnos pero en realidad sólo sirven para ocultar nuestras diferencias. Decimos que vivimos en una “democracia.” Los alemanes orientales dijeron lo mismo de sí. El nombre oficial de su país es la Republica

Demócrata de Alemania. En este caso podemos ver la diferencia y podemos mantener, si queremos, que el uso de la palabra por los comunistas es equivocada, o deliberadamente engañoso, pero los alemanes orientales no estuvieron de acuerdo. Para ellos, su sistema económica es más justo y por entonces mas “demócrata”. “La justicia” tiene un sentido específico para el fiscal pero algo muy diferente para el que trabaja para asegurar los derechos civiles. “La libertad” tiene un sentido diferente para un hombre que se ve privado de servicio a causa del color de su piel, y para él que mantiene que se debería permitirle servir o no a la gente según su gusto.

Y es con esas implicaciones e interpretaciones, a veces sutiles y a veces no, que el trabajador cristiano va a tener dificultades cuando ingresa a esta profesión muy seglar. Ha pasado el tiempo en que el trabajador social cristiano se veía con sospecho por sus colegas seglares, aunque persisten en algunos lugares. Hoy en día domina la suposición que las diferencias no tienen importancia y por eso no valen la pena de examinar a fondo.

Sin embargo queda el hecho de que el cristiano parte de un concepto muy distinto de la naturaleza del universo, de su propósito, y del papel que tienen los seres humanos dentro de ese universo, y esto tendrá inevitablemente implicaciones para cómo y cuándo él o ella ayude a los demás, y que tipo de metas él o ella intenta cumplir. En los capítulos siguientes investigamos esas implicaciones así como la manera en la que se relacionan con creencias religiosas más específicas. No todos los cristianos, por supuesto, comparten las mismas implicaciones que sacan de sus creencias, y eso también hemos de examinar.

En efecto, en ciertos casos podemos acertar que hay una correspondencia más cercana entre algún grupo de cristianos sinceros y los humanistas seglares (aunque sugiero que nunca será un acuerdo del todo) que hay entre dos grupos, ambos de los cuales se llaman cristiano. Ésos tienen en general las mismas creencias formales, se sirven del mismo lenguaje, y están convencidos de que sepan la verdad, pero interpretan sus creencias distintamente cuando los aplican a la práctica. Incluso llegan a conclusiones del todo diferentes, lo que sorprenderá a los que creen que sólo importa la creencia formal.

Para ahora, sin embargo, examinemos un hecho importante. En este momento el trabajo social tiene buen nombre de valores con los cuales los cristianos puedan ponerse de acuerdo, pero no hay certitud que esta situación seguirá. La profesión y el mundo cambian. A la larga del tiempo el vínculo entre los valores humanísticos y sus raíces en la tradición judeocristiana se debilitan. Los valores humanísticos, si no fueran instintivos, como lo mantienen ciertos científicos, no tienen ninguna autoridad que los sostenga sino la de la cultura de imperante. Pueden ser valores buenos. En este momento la mayoría probablemente lo son. Pero con el cambio de las condiciones sociales y de las tendencias del pensamiento, los valores que abraza la sociedad también cambian. Como ejemplo menor puede servir el valor puesto recientemente por la sociedad en la llamada autorrealización de cada persona, y, se puede decir, el deber de descubrirlo por sí mismo, en el matrimonio, en el propio trabajo, e incluso, más recientemente,

en la vida sexual de uno, normal o anormal, aunque no sea uno casado, acompañado con la disminución del énfasis puesto en los valores de compromiso y responsabilidad. Otro ejemplo sería el valor que prestan muchos psicólogos a la autoafirmación y la agresividad.

Sin embargo, sí tienen los valores cristianos raíces, en la Biblia, en la ética que enseñó Jesús, y en la autoridad de la Iglesia. Cuando los valores culturales se cambien lo hacen tan sutilmente que a veces no se nota lo que hacen. No obstante tiene el cristiano un estándar absoluto que puede utilizar como plomada. A la búsqueda de la autorrealización el cristiano tiene que decir “Pero él que ha hallado su vida la perderá”, y al énfasis en la autoafirmación “Pero los humildes heredarán la tierra”.

Por lo tanto es de suma importancia que estudiemos nuestras creencias y sus implicaciones para la práctica del trabajo social.

II. El trabajo social y las creencias cristianas

¿Qué tipo de teología (es decir una comprensión de la naturaleza de Dios y el propósito de sus acciones) facilita a los cristianos ser buenos trabajadores sociales? Y ¿qué tipo de teología nos puede ayudar a volvernos aun mejores trabajadores sociales?

A primera vista puede parecer que esas preguntas mejor no se deberían hacer. La teología del individuo procede de sus creencias, y no podemos, ni lo deberíamos, cambiar nuestros valores para hacernos trabajadores social, incluso mejorarnos en la profesión. Nuestras creencias son, en cierto sentido, dados. Constituyan nuestra fe. Sin embargo creo que aquí tenemos que establecer una distinción entre la creencia formal en una proposición, como, por ejemplo, que el Cristo resucitó o que Dios creó el mundo, y nuestro entendimiento de la manera en que esos eventos nos revelan la naturaleza de Dios, o su propósito, y lo que debe ser nuestra reacción a ello. Así, la resurrección de Jesús puede ser de suma importancia para una cierta persona o grupo como promesa que los fieles heredarán de la vida eterna. Para otra persona o grupo puede llevar, primero, el mensaje de que el Señor todavía sea con nosotros. Se murió pero no está muerto. Otros lo verán como prueba definitiva de la divinidad de Jesús, que era en efecto el hijo de Dios. Algunos aprenden de la resurrección que el amor venció la fuerza, y vivirán sus vidas dentro de esta revelación. Toda esa gente cree en el mismo evento pero sus reacciones son del todo diferentes. Lo que significa para ellos dependerá no sólo de otros textos y tradiciones sino de sus temperamentos, sus experiencias, que sean religiosas u otras, y de observación del mundo y de la naturaleza humana.

En efecto, pueden existir varias teologías con el mismo conjunto de creencias, y unas llevan a bien ayudar a la gente y otras no.

Antes de seguir deberíamos indicar lo que entendemos por “las creencias cristianas”. Esas son las creencias en las acciones y acontecimientos fundamentales de la fe y que comparten la mayoría de las iglesias cristianas. Incluyen la creencia que Dios creó el mundo y dentro de la humanidad, dotando sus criaturas humanas de inteligencia, voluntad y la percepción moral o espiritual. Los humanos luego ejercieron su voluntad, trataron de seguir sin Dios, y por lo tanto cayeron en el pecado. Dios les dio leyes pero esas no bastaron a reconciliarlos con Él, y en un cierto momento histórico el mismo Dios se encarnó en la persona de Jesús de Nazaret. Jesús, en su vida y su predicación, reveló la verdadera naturaleza de Dios. Sin embargo fue rechazado por las autoridades del entonces y fue ejecutado como un delincuente común. Con y por ese acto de sumisión perdonó el pecado del hombre y aseguró a los que confían (creían) en Él la vida eterna. Tres días después fue resucitado de los muertos y permaneció un tiempo en la tierra. Nos envió el espíritu santo para guiarnos y fortalecernos, y prometió volver en algún momento futuro, cuando se cumplirán los propósitos de Dios y se establecerá una sociedad perfecta bajo su control.

Éstos se pueden llamar las creencias principales del cristianismo. Unen a todos los cristianos. No se aceptan, sin embargo, por los grupos e individuos que aunque reconocen en Jesús el más gran maestro que el mundo ya ha conocido, niegan que hubiera sido la encarnación de Dios. Esos hombres y mujeres son quizás gente muy honesta, y a menudo lo es, y sigue quizás muchos principios cristianos y se ven como cristiano, pero la palabra “cristiano” implica la creencia que Jesús fue de verdad el Cristo. Esos deberían llamarse “jesusianos”, y no los consideramos dentro del propósito de este libro.

Dentro de esas creencias principales hay numerosas creencias secundarias, principalmente sobre cómo se hicieron las cosas, en lugar de cuándo sucedieron. Por lo tanto algunos cristianos creen que el acto de la creación era instantáneo, o que ocurrió dentro de un tiempo muy corto, mientras que otros, no menos sinceros, que tomó lugar en el curso de la evolución. Sin embargo se acuerdan ambos que hubo un momento en el que Dios dio a los hombres su espíritu y se volvieron “almas vivas”. Además hay muchas explicaciones a propósito de cómo, exactamente, la muerte de Jesús en la cruz aseguró la salvación del hombre, si hubiera sido un sacrificio vicario castigado por nuestros pecados, un rescate que se le pagó a Satanás, o si por compartir la experiencia más pavorosa del hombre nos mostró la profundidad del amor de Dios hacia nosotros, pero todos se concuerdan en creer que el evento salvó a la humanidad. Hay muchas teorías acerca de lo que pasará en los últimos días, si el Cristo reinará en la tierra o sólo en el cielo, pero todos los cristianos se ponen de acuerdo en cuanto a la segunda venida.

Estas creencias secundarias son a menudo muy fuertes pero no deben ser disgregadoras si no les prestara un estatus principal y que se los usara para asegurar a alguien que posera la verdad o para excluir a los que interpretan el evangelio de manera algo diferente. Es una flaqueza humana común de preocuparse más con lo correcto absoluto de sus creencias intelectuales que con su reacción al evangelio en su conjunto. A tantos grupos les gusta creer que ellos y sólo ellos, así como los que piensan igual que ellos, de verdad poseen la verdad y están por lo tanto seguros de otorgarse el cielo.

Además hay las que so lo que se pueden llamar las creencias terciarias, que no tienen mucho que ver con las principales, y que son la causa principal de la iglesia universal: creencias acerca de la autoridad de la iglesia, el significado de ciertos sacramentos, el papel del sacerdote, la naturaleza literal o alegórica de ciertas partes de la escritura sagrada, etc., que, aunque se creen de manera apasionadamente, no pueden existir sino dentro del marco de las proposiciones principales. No tratamos en este libro de éstas salvo cuando una creencia específica afecta la práctica del trabajo social. En la mayor parte se pueden creer sin afectar el desempeño del trabajador social.

La verdadera diferencia entre cristianos en cuanto a la teología no se encuentra en sus creencias secundarias o terciarias. Se radica en actitud general hacia la Buena Noticia del evangelio. Se trata esencialmente de una cuestión de énfasis. Hay cristianos, por ejemplo, cuyo interés por su religión se enfoque en su propia relación con el Todopoderoso. Se preocupan en primer lugar por su propia salvación. La suya se puede llamar una religión vertical. Toda comunicación es hacia

arriba y abajo, entre sí y Dios. No ven sus relaciones con los demás como parte de su religión, excepto, quizás, cuando tratan de obedecer a los mandamientos que Dios les dio acerca de la justicia y de “amar a su prójimo como a sí mismo”, lo que sí tratan de hacer pero sin preocupación sincera por lo que está pensando o sintiendo el prójimo. El resultado, en demasiados casos, es una preocupación sólo por el estado espiritual de sus prójimos, una forma restringida de evangelismo y una falta de preocupación por tales asuntos que las condiciones tolerables de vida de los demás. Expresan a veces sus opiniones hablando de la “espiritualidad” de la iglesia. La iglesia, en su opinión, debe preocuparse no más por la salvación de almas, y no necesita preocuparse por la situación de los hambrientos, Además debe evitar la tentación de involucrarse en cuestiones de justicia social.

La posición opuesta se conoce a veces como el “Evangelio social”. En principios esta teología, que enfatiza la enseñanza de Jesús sobre nuestras relaciones los unos a los otros y acentúa la segunda parte del Gran Mandamiento, de amar a nuestros prójimos como a nosotros mismos, parece más halagüeña como una teología para el trabajo social. Sin embargo tiene el Gran Mandamiento dos partes, y aunque el motivo de uno de servir a los demás puede ser la gratitud a Dios por lo que ha hecho por uno, y por eso el amor que tiene para Dios, tiende que poner todo el énfasis en este servicio y no el no que ha hecho Dios. Se vuelve Dios a ser no mucho más que la personificación de lo que vemos como deseable. Incluso tratamos de decir a Dios lo que debe ser. “El Dios de los precios más bajos de la comida”, dijo Walter Rauschenberg, uno de los proponentes de esta teología. “Es mi Dios”. Lo que falta es algún sentido de la obra del espíritu santo, no sólo por darnos la fuerza para hacer o atrevernos a tentar lo que no pudimos o atrevamos a hacer, sino para que se sirva de nosotros para sus propósitos. Necesitamos hacer más que responder al amor de Dios, aunque eso sea el primer paso. Debemos permitirnos ser volverse un conducto para ese amor, permitirle a que Él nos use como quiera, dejarle anular, si lo desea, nuestras teorías, nuestros temores, nuestros prejuicios, nuestras preferencias y nuestros temperamentos. San Pablo tenía este sentido. No era él sino Cristo en él que predicó.

Nuestra teología, entonces, debe ser a la vez vertical, entre nosotros y Dios, y lateral, entre nosotros y nuestros vecinos, nuestros prójimos. Debe reconocer a la vez nuestra dependencia en Dios y nuestra interdependencia entre nosotros. Micah nos enseñó que practiquemos la justicia, que amemos la misericordia, y que andemos humildemente con nuestro Dios. Si de veras queremos ser trabajadores sociales cristianos, no debemos olvidarnos de esta tercera lección. Si no somos poco diferentes de los trabajadores sociales seculares y como lo notó Pablo Tillich, nos quedamos propensos a volvernos tan sentimentales que ellos.

También debe ser la nuestra una teología de gracia en lugar de una teología de las leyes. No es que las leyes de Dios no sean importantes, ni que queramos cumplirlas. Pero no somos nombrados o elegidos como trabajadores sociales para imponer las leyes de Dios. Se nos dio el deber de comunicar la Buena Noticia a los pobres y los afligidos, y que la Buena Noticia es de perdón, de aliento y de gracia. Es que el Cristo murió por nosotros mientras que ya éramos pecadores. Mucha gente con quien trata el trabajador social son pecadores bajo la ley de Dios y

están conscientes de serlo. Lo que necesitan de nosotros es una parte de ese perdón, aliento y gracia transmitido por lo que hacemos para ayudarlos, y no una reiteración de la ley de Dios, particularmente de sus aspectos punitivos o vengadores. Necesitamos no sólo confiar de todo corazón en la gracia sino que buscarlo en los demás.

Aún mas tiene que ser esta teología una que deja a Dios el juicio. El mundo no se divide entre la gente buena, que observa la ley, y la mala que no la observa. Como dijo Pablo, ya no hay distinción, ya que todos han caído corto de la gloria de Dios. Además, quizás nos recordemos de San Crisóstomo: “Y aunque seamos tan generosos que podamos, nunca podremos tanto amor hacia el hombre como necesitamos a manos de un Dios que ama al hombre”.

La teología que puede ayudarnos es totalmente bíblica. Pone a Dios en primer lugar. Reconoce su amor para toda la humanidad, y aunque estuviera consciente de que actúa Él a veces como juez, no ve eso como siendo la característica dominante de su relación con nosotros, sino que enfatice su gracia, su apoyo y su perdón. Es a la vez una guía para nuestras acciones y el mensaje que tenemos que comunicar a los pobres. Ponerla del todo en práctica de manera práctica y aún pragmática es la tarea con la que nos enfrentamos.

III. La naturaleza de los seres humanos y de la sociedad

Lo que uno cree acerca de los seres humanos y, por supuesto, de la sociedad que se han construido, produce maneras muy distintas de tratar a la gente así como en lo que se espera de ella. Además existen en general cuatro puntos de vista, dos seculares y dos por lo menos nominalmente cristianos, que están corrientes hoy. Tenemos que entenderlos si queremos quedarnos claros en nuestro pensamiento, en particular porque la mayoría de nosotros tendemos a creer un poco en partes de todos, quizás en mismo tiempo, pero a veces en todas a la vez.

Uno es el punto de vista puramente científico. Los seres humanos se ven esencialmente como organismos biológicos complejos reaccionando en mayor parte a estímulos químicos o físicos y a ciertos instintos, en particular las de la conservación de sí y de la conservación de la especie. Desde este punto de vista, los humanos nacen neutros en cuanto a la moralidad pero desarrollan conceptos del bien y del mal y de lo que su cultura aprueba o condena. Además les influyen mucho sus experiencias en la niñez temprana, que a menudo se reprimen y los hace actuar irracionalmente. En general la manera de que se comportan de debe a su composición biológica así como a sus experiencias en la vida y a sus relaciones con los demás.

Este punto de vista tiene una gran parte de verdad. A la gente le afecta, a veces con mucha fuerza, por esos factores. Recientemente en particular, la ciencia ha desarrollado una gran cantidad de conocimientos acerca de los efectos del desequilibrio químico sobre el comportamiento, para que, por ejemplo, las disfunciones como el maniacodepresivo puedan tratarse con sustancias químicas. Las experiencias tempranas e incluso los patrones de la vida familiar sí tienden a afectar el comportamiento. Los que abusan a los niños se vuelven ellos mismos abusadores de niños con frecuencia.

El cristiano sabio no descarta esos hallazgos. A menudo son guías útiles, y si se le puede ayudar a alguien por medios químicos o reconociendo como sus experiencias de niño han deformado sus opiniones, sólo puede alegrarse. Lo que cree el cristiano es que hay mucho más que se explica del ser humano que por este punto de vista. Intentar explicar lo todo del comportamiento humano en esos términos también deja al hombre sin una meta en la existencia, salvo para cumplir sus necesidades, que sean físicas o instintivas, y tal vez la necesidad de conformarse a la propia sociedad y asegurar la sobrevivencia de su raza. Tiene un futuro muy limitado. Es más, ya que la ciencia tiende a generalizar y a concentrarse en la desviación de algún norma, resulta tanto a menudo retrato oscuro y un menosprecio de los a quienes intentamos ayudar. Como lo describió un autor, “Los métodos de estudios sociales más enfocados... nos llevan cada día información más útil sobre la impulsividad incontrolada, el deterioro de la capacidad de formar relaciones, y los defectos del yo y del superyó de los cuya disfunción social y emocional nos llama la atención”.

Esto parece una base escasa en la que construir una relación de ayuda.

Un segundo punto de vista que, curiosamente, a menudo, se cree en mismo tiempo que la previa, es que los humanos son básicamente buenos, o lo serían si la sociedad se podría reformar la sociedad. Por ejemplo, ojalá que el sistema económico fuera más equitativo, o que la gente fuera más culta, o que tuviera alojamiento mejor, o que pudiera expresar las emociones con más libertad, o lo que sea que se cree necesario para mejorar la sociedad, los hombres y las mujeres no tendrían que comportarse de manera inaceptable a sí o a los demás. De esta perspectiva se puede decir que empezó con Rousseau: “El hombre nace libre, pero en todas partes está en cadenas.” Es la perspectiva de muchos humanistas y escritores de utopías, como Edward Bellamy, William Morris, y B. F. Skinner.

Al principio parece ser una perspectiva prometedora, así como incluir algo de verdad. Hay mucho mal en el mundo, y para mucha gente sería más fácil ser cooperativa y productiva si se podría corregir algunos de esos males.

Pero este punto de vista tiene un defecto fatal, un defecto curioso cuando se considera que es a menudo la perspectiva de gente que se considera científica. Es extrañamente irrealista. Los hombres no son buenos de naturaleza. Como sabe el cristiano, era en el mismo Paraíso que se metieron en problemas. Y cuando las condiciones se corrigen, o se mejoran, y la gente sigue mintiendo, robando, o lo que sea que hizo antes, los que creen en la bondad esencial del hombre se encuentran con un dilema. La única cosa en que pueden creer y guardar sus ilusiones sobre la humanidad es que la gente que se queda no cooperativa o inmoral o esté enferma o son extraviados por alguien o algo fuera del paraíso que han creado. Esta gente debe ser controlada, más o menos reeducada, o sometida a algún tratamiento. Y poco a poco este control se extiende a más y más gente hasta que se vuelva en una forma de vida.

La revolución ruda es el ejemplo más claro de este proceso en el mundo de hoy. Los líderes de aquel movimiento creyeron, y, según la evidencia, sinceramente, que podrían construir un estado en el que hubiera muy pocas leyes, casi ninguna burocracia, “ni siquiera una máquina de escribir”, dijo uno de ellos, ninguna diplomacia secreta, ninguna discriminación a base de la raza, y que todos (salvo la antigua clase gobernadora, que iba a perder sus privilegios) cooperara de buenas ganas con esta nueva sociedad.

Mientras que nada tan extremo haya pasado en América, ni en el trabajo social, el trabajo social, que ha adoptado por la mayor parte esta perspectiva humanística, utópica y también científica, se ha vuelta en los últimos cincuenta años, mas preceptivo, y más preocupado con el control social que lo que era hace cincuenta años.

Hay dos perspectivas cristianas acerca de la gente que tenemos que examinar. Son curiosamente distintas. La una sí es muy útil, mientras que la otra es el opuesto.

Esa segunda, que era característica de los puritanos y que aún ahora se cree por miembros de la llamada “mayoría moral” de hoy, queda tan convencida de la depravación del todo del hombre que mantiene que si al hombre no lo disciplina, lo refrena por las leyes, lo controla o lo castiga,

se pondrá por naturaleza a mentir, robar, rechazar el trabajo, beber en exceso o se comportará mal sexualmente. O, quizás, deberíamos decir, harán así los pobres, los no elegidos, y todos los que no hayan profesado a Cristo. Es más, todos, en particular los pobres, son responsables del todo de su condición. Todos podrían, si lo quisieran, levantarse de la pobreza. Como lo expresó un autor últimamente, y que, lamentablemente, tiene mucha influencia en nuestro gobierno nacional actual, “Sobre todo necesitan los pobres la espuela de su propia pobreza”. Por lo tanto, aliviar las miserias de esta condición iguala a condescender con los pobres y privarles del incentivo que necesitan. Para los que adoptan esta perspectiva, no se debe tener cuenta de factores como un ambiente desgraciado, una dieta escasa, una falta de instrucción, o un sistema económico que tiende a beneficiar a unos pero no a otros. Son meras excusas, y lo mismo vale para las experiencias de la niñez, la enfermedad mental, etc. Es cierto que haya individuos que se han levantado de sus circunstancias, pero no han sido necesariamente los más morales, ni los más trabajadores, y mucha gente moral y trabajadora se ha quedado en la pobreza. Tampoco ha sido la gente exitosa la que ha profesado a Cristo.

Obviamente, esta perspectiva negativa del hombre no forma un buen punto de partida para la práctica del trabajo social. Además es una teología dudosa. La naturaleza pecadora de los seres humanos es una realidad, pero también lo es la obra de la gracia divina. Lo que mantiene a la gente que adopta esa perspectiva, aunque quizá no se dan cuenta, es que los pobres, los afligidos y los desviados han pecado, mientras que los buenos, los exitosos y los a quienes favorece la economía han acaparado la gracia.

El cristiano atento, por otro lado, reconoce que es una criatura, sumamente equivocado, fácilmente influenciado por la tentación, y que eso se aplica al mismo cristiano así como a sus clientes. Nadie puede saber cómo reaccionaría frente a las condiciones de la vida de otro. Todos somos pecadores, bien que pecadores perdonados, pero pecadores a pesar de todo. Pecamos de manera diferente, pero pecamos a pesar de eso. En vista de esto nunca puede decepcionarse un trabajador social cristiano de lo que hace la gente. Puede ser entristecido. Puede desear que alguien hubiera hecho algo de manera diferente, como lo hizo Jesús cuando el gobernante joven y rico no aceptó su consejo. Pero el cristiano no puede establecer los estándares para los demás y luego echarles la culpa si no los alcanzan. En primer lugar no tiene el derecho de esperar la bondad.

Además sabe el cristiano algo más. El Espíritu Santo obra. Hasta el hombre más falible puede actuar de una manera del todo inesperada, descubriendo un ánimo, un desinterés, hasta una capacidad para sacrificarse. Dios obra de manera misteriosa, y a veces se sirve para su propósito del agente menos pensado. El trabajador cristiano busca las señales de la gracia, se regocija en ellas, y los alienta cuando los encuentra. No considera a la gente como siendo “buena por naturaleza” o “mala por naturaleza” sino como criaturas falibles que, por la gracia de Dios, son a veces capaces de trascenderse.

IV. Perspectivas de la fe del individuo en el trabajo social

El trabajo social ha producido muchas perspectivas o ideas para comprender como la gente crece y cambia, los problemas que encuentra y lo que se puede hacer para ayudarla. Algunas de éstas vienen de la práctica, como por ejemplo cuando Mary Richmond, que escribió el primer texto de trabajo social verdaderamente profesional, descubrió que la gente desempeñó mejor cuando se le permitía o le alentaba a participar en los planes que se formulaban para ella. Algunas vienen de las ciencias sociales. Un ejemplo es el hallazgo que uno de los factores relacionados con el abuso infantil era la pérdida del apoyo que solía prestarle a uno la familia extensa. Algunas vienen de las teorías desarrolladas por los pioneros de la psicología, la medicina u otra ciencia. Por ejemplo, los trabajadores aprendieron de Freud el valor de mirar un problema a través de los ojos del cliente en lugar de formular el problema como lo ve el trabajador social. Unas son simplemente la sabiduría del día, si se piensa en eso, por ejemplo que no es razonable de esperar iniciativa de una persona pobre si está malnutrida.

Los cristianos pueden ponerse de acuerdo con muchas de esas ideas. Con otros tal vez no. Y varían según la importancia que atribuyen a ciertos tipos de ideas. ¿Cuáles son las verdaderas importantes que deberían guiar la práctica, aún cuando la última teoría o opinión popular, incluso lo que parece ser el sentido común, lo ignoran? De hecho, ¿qué nos pueden enseñar nuestras creencias, nuestra teología, nuestra lectura de la Biblia, a propósito de la gente, de sus problemas, y de qué nos servirá verdaderamente como trabajadores sociales? ¿Qué ideas son tan importantes que no podemos negarlas? Y esas preguntas conllevan otra. ¿Qué son las teorías y declaraciones, quizás determinadas por la observación, la investigación, o incluso el sentido común, que podemos comprender mejor o en un nivel más profundo, porque lo que nos enseñan es o indicado o implicado por nuestra religión?

Se puede decir que hay un millón, la mayoría de las cuales no han sido reconocidas. O podríamos decir que cada trabajador social debe descubrirselos por sí mismo. Todo lo que se puede hacer aquí es hablar de unos de ellos que han sido identificados, y de instar a los trabajadores sociales cristianos de examinar sus creencias más ampliamente y de descubrirse otros.

Algunos son de alcance general pero no obstante esencial. Uno es que el hombre es un ser que elige, dotado de libre voluntad pero responsable de sus acciones. Dios sí había puesto una cerca alrededor del árbol en el Jardín. Adán y Eva estaban libres a desobedecer a Dios, lo que hicieron, y sufrieron las consecuencias, pero al mismo tiempo Dios no cesó de preocuparse por ellos. Otro podría ser que los seres humanos tienen un valor infinito, a pesar de su comportamiento. El Cristo murió por nosotros cuando todavía éramos pecadores. Y de este hecho viene el conocimiento que es el amor que adquiere el buen comportamiento y no el buen comportamiento que adquiere el amor. De la resurrección también podemos aprender que aunque la fuerza parece un tiempo victoriosa, es el amor que gana por fin.

Saber esas cosas, y otras semejantes, no puede evitar tener un efecto en lo que hacemos para ayudar a la gente, y también en lo que no hacemos. Sí usamos los métodos que aumentan el derecho del individuo de elegir y de tener cuidado con los que confían en recompensas y castigos creados por los hombres para controlar el comportamiento. Sí tratamos de establecer lo que Martin Buber llama las relaciones cariñosas “Yo-Tú” (“I-Thou”) en lugar de las relaciones frías e impersonales “Yo-Éste” (“I-It”), no sólo porque nos enseñó Jesús a perdonar a nuestros hermanos setenta por siete veces sino porque es entonces que nos necesita más nuestro hermano o nuestra hermana, como a Adán y Eva les necesitaba a Dios mas después de la Caída que antes de ésa.

Pero hay más ideas particulares. Los cristianos, por ejemplo, a veces han dudado el descubrimiento de los psicólogos de la fuerza del inconsciente que lleva a los hombres a actuar de manera que ellos mismos no comprenden y que a menudo va en contra a sus propios intereses. Quisiéramos todos creer que cualquiera, cuando sabe lo que es bueno, haría lo sabio o moral, por pura voluntad. Pero Pablo nos muestra lo verdadero del dilema humano. No es que no sepamos qué hacer, ni que lo queremos hacer. Es que si el ayuda de Dios, que sea proporcionado directamente o por agencia humana, nos encontramos tal vez incapaces de hacerlo. “No entiendo mis propias acciones,” escribió Pablo, “ya que no hago lo que quiero, sino que hago lo que odio... Puedo querer el bien pero no puedo hacerlo”. (Romanos 7:15 y 18b). Y si buscamos el modelo de la relación que deberíamos cultivar con los a quienes ayudamos, más preciso que amarlos como a nosotros, es otra vez Pablo que nos ofrece instrucciones contundentes en I Corintios, 13, incluyendo dos de suma importancia porque, quizás, son los más fáciles de pasar por alto: el amor no insista en su propio camino, y, en las palabras de la versión inglesa clásica del rey Jacobo, “el amor nunca termina”.

Pero hay más. En un universo consistente, en lo que los cristianos ciertamente creen, es poco probable que Dios hubiera creado dos maneras muy distintas por las cuales los humanos pudieran pedirle ayuda a Él así como a sus prójimos. Habría diferencias, por supuesto, a causa de las situaciones diferentes, pero los principios quedaran los mismos. Por la misma razón, de los humanos que emprenden ayudar a sus prójimos se podría decir que actúan en su nombre, que lo sepan o que atribuyan su deseo de ayudar a otra causa. Por lo menos, el cristiano reconocerá que la parábola del hijo pródigo describe no sólo el amor de Dios por sus niños equivocados sino también como quiere que tratemos a nuestros propios niños así como a nuestros clientes. Somos creados “en su imagen y semejanza”, y aunque lo que nosotros podemos hacer es muy limitado en comparación con lo que Él puede hacer, y que Él se reserva para sí ciertas cosas como el juicio, su relación salvadora con nosotros es el modelo para lo que podemos hacer en el contexto humano.

Si examinamos lo que necesita la actividad de dar y recibir ayuda y la naturaleza de la actividad salvadora de Dios, esperamos ver alguna correspondencia entre las dos. Y en efecto, así es. Una de nuestras perspectivas como trabajadores sociales es que la gente resiste aceptar ayuda que de veras le cambiará la vida. La gente parece quizá pedir ayuda, pero en sus propias términos o

parece aceptar la ayuda haciendo todo lo que propone el trabajador social, pero con poco o ningún cambio interior. Aceptar de veras la ayuda necesita cuatro cosas: exige que reconoce que tiene un problema y que no se puede solucionarlo sin ayuda, que constituye el verdadero sentido del arrepentimiento. Necesita que se lo admite a otra persona (la confesión). Necesita que en el momento por lo menos reconoce que la otra persona tiene más conocimientos que sí (la sumisión) y que, finalmente, se muestra listo a renunciar a lo de antes, y lo familiar, aunque parezca insatisfactorio, por el nuevo y no familiar, aunque parezca prometedor. Y ahí tenemos la esencia de la fe misma, la esencia de lo que no se puede ver, comprometerse del todo a algo cuya existencia no se puede probar, una creencia que quizá exigirá mucho esfuerzo de nuestra parte para mantenerla.

Con esta perspicacia deberíamos poder comprender la resistencia de la gente a la ayuda verdadera y los miedos que se encuentran detrás, en lugar de atribuirla a una falta de voluntad, a la terquedad, la estupidez o la falta de ambición. Debería también ayudarnos a reconocer los mecanismos que usa la gente para rechazar la ayuda, ya que muchos de nosotros hemos hecho lo mismo en nuestra vida religiosa: hemos esperado, por ejemplo, que si vamos a la iglesia, pagamos nuestro diezmo, y nos abstenemos del pecado obvio, Dios no pedirá más de nosotros. Nosotros también hemos a veces exigido de Dios que solucione nuestros problemas y sin la necesidad de cambio en nosotros mismos.

En cuanto a cómo ayudamos a la gente, también tenemos una guía en la fe, no tanto en términos individuales sino en el contexto del relato cristiano en su totalidad. Es cierto que podríamos quizá llegar a las mismas conclusiones por medio de la observación o de la experiencia de ayudar, sin una orientación específicamente cristiana pero lo que puede añadir nuestra fe cristiana es un sentido de lo esencial del proceso que hemos observado, porque lo es, para que lo incluyamos en todo lo que hacemos. Y aún más importante, puede darnos una comprensión más profunda de lo que implica cada elemento del proceso.

Lo que saben los que han estudiado la ayuda, aunque no lo expresan en estos términos, es que en cualquiera situación de ayuda el ayudante le lleva tres cosas a la persona a quien se ayuda. Una es un sentido de la realidad. Así son las cosas. Este es el resultado de lo que hace. Esas son sus opciones, sus derechos, la ley, y lo que puedo hacer para ayudarlo. Pero es difícil enfrentarse a la realidad. El ayudante tiene que hacer dos cosas más. Primero, tiene que entender los miedos del otro, las tentaciones a que se somete, su resistencia al cambio – no para simpatizar con la persona, es decir ponerse de acuerdo con ella, o tener lastima para ella, que significa sentirse superior a la personal, sino saber, sentir y expresar lo que la otra persona está experimentando sin perderse de la vista la verdadera naturaleza del problema. Esto exige la cualidad muy difícil que es la empatía, o sea un acto de la imaginación cariñosa, que necesita el sentimiento para la otra persona sin volverse tan identificado con ella que no tenga nada de nuevo o diferente a contribuir a la situación. Y segundo, tiene que convencerle a la persona de su continuada presencia e interés, que es lo que llamamos el apoyo.

Sabemos también que esas tres cualidades o acciones, ya que son ambos, hacen parte de un solo proceso. Ninguno de ellos contribuye a la ayuda sin el otro. No vale mucho empatizar con alguien acerca de algo que no existe, o sólo expresar empatía sin ofrecer apoyo, y la realidad puede ser muy cruel.

Además ninguno de los tres es fácil. A nadie de nosotros le gusta enfrentarnos a la realidad. Es fácil pasarlo por alto, y de ofrecer aseguras falsos en lugar de dar con el problema. La empatía se traslapa fácilmente con la simpatía, o se vuelve restrictiva. “Puedo entender porque se siente así, pero no estoy de acuerdo con lo que siente”. Y el apoyo se vuelve condicional: “Me preocupo por ti, pero sólo si haces lo que te mando hacer”.

¿Qué tiene que ver eso con nuestra fe? Simplemente eso: que Dios ha actuado hacia nosotros con realidad, empatía y apoyo, por mayor parte a través de las tres personas que distinguimos en nuestra creencia trinitaria. Al principio los humanos lo conocen simplemente como Padre, Creador, autor de toda la realidad, y física y moral, el “Yo soy”, el completamente Otro, el de que no pudiéramos escondernos, de mismo que no podemos ignorar, salvo a propio peligro, las leyes de la física o la química. Por supuesto hay pequeñas partes de la realidad, hechos por el hombre, que podemos tratar de cambiar, pero únicamente dentro de los límites que ha mandado Dios, y hasta que esas pequeñas partes se cambien, la realidad es algo dado que no podemos evitar.

Pero cuando la humanidad se mostró incapaz de vivir únicamente bajo estas leyes, Dios ha desempeñado la más gran prueba de la empatía que el mundo ya ha visto. Se tomó la forma humana en la persona del Hijo y, como lo dice la versión del rey Jacobo, “se le tocó el sentido de nuestras flaquezas” (“was touched with the feeling for our infirmities”) y “en todas ocasiones tentado como nosotros, pero sin pecado” (Efesios 4:15). También “sabía lo que era en el hombre” (Juan 2:25). De eso podemos comprender no sólo la naturaleza dual o paradójica de la empatía – Jesús era a la vez Dios y hombre, completamente y del todo, y nosotros debemos temer por nuestros clientes guardando nuestro sentido de la realidad – pero también que la verdadera empatía nos hace sufrir. No puede ser completamente algo intelectual.

Y antes de quitar este mundo Jesús prometió a sus discípulos ser un Consejero que se quedaría con ellos para siempre (Juan 14:16), y que vino como sabemos en el Pentecostés. La versión del rey Jacobo emplea la palabra “Comforter” (el Consolador), lo que en la época del rey Jacobo tenía un sentido mucho más intenso que el de hoy. Se refirió a alguien fuerte que le acompañara a uno, a su lado, una “ayuda presente en la pena” (Salmos 46:1b), y este es lo que significa el apoyo. La Nueva Biblia Inglesa lo llama el Espíritu del Defensor, también una función del apoyo; alguien que le ayuda a conseguir sus derechos. Pero quizá la palabra la más importante es “con”: “Vean, yo estaré con vosotros hasta el fin de los tiempos”.

La realidad, la empatía y el apoyo – meras sombras de lo que Dios ha hecho para nosotros como Padre, Hijo y Espíritu Santo – pero es lo que podemos ofrecer a los demás de nuestra manera humana y limitada, según su modelo.

V. El trabajo social y la Biblia

La Biblia es, sin duda, el único relato autentico del trata de Dios con la humanidad, por lo menos hasta el fin del segundo siglo después de su encarnación. Lo cristianos la han venerado desde siempre. Han sido un tiempo conocidos como el Pueblo del Libro, aunque la iglesia temprana no tenía el Nuevo Testamento como lo conocemos, y se hicieron decisiones hasta en el siglo XVII sobre que libros incluir y cuáles excluir.

La mayoría de los cristianos creen que la Biblia era divinamente inspirada, escrita, es decir, con la ayuda del Espíritu Santo. Es la fuente de nuestro conocimiento de lo que intenta Dios, nuestra fuente primera de la iluminación, y la única guía infalible de la fe y la práctica. No se puede prestar apoyo más sólido a una idea o teoría que mostrar que es bíblica. Nuestras creencias básicas que examinamos en un capítulo anterior dependen de la Biblia cuando relata la Creación, los eventos de la historia de un pueblo que por primero reconoció a Dios y fue reconocido por Él, el establecimiento de la ley de Dios, la Encarnación, la enseñanza y las acciones de Jesús, su muerte y resurrección, la llegada del Espíritu, la fundación de la Iglesia y la llegada eventual del Reino. No hay duda de que sea la palabra de Dios y una fuente de riquezas infinitas.

Sin embargo, hay diferencias de opinión entre cristianos sinceros acerca del sentido preciso de la palabra “inspirada”. ¿Se sirvió Dios de escritores humanos, dándoles lo suficiente de la comprensión que eran capaces de recibir y comunicar al pueblo para quien era destinada las Escrituras Sagradas? lo que naturalmente significa dentro de los límites de sus conocimientos y su cultura y a veces relacionado con un problema particular del entonces. O ¿lo determinó el mismo Espíritu Santo lo que se debía de escribir para que lo que se registró aguantara para siempre como la revelación directa de Dios, para todas las generaciones y en todas las circunstancias?

Esta ultima creencia sí causa a veces problemas para el trabajador social, no a causa de la creencia misma sino por la manera de que unos la aplican.

Muchos cristianos creen en efecto que la Biblia es la palabra directa de Dios, correcta en cada detalle y por lo tanto una receta para lo que debemos hacer y lo que no debemos hacer, independiente de cuándo, o por quién precisamente fue escrito, o de los cambios en la sociedad humana, incluso en el sentido de las palabras. Su fe se ve amenazada por cualquiera sugerencia que hubiera unas inconsecuencias, alguna interpolación, unos errores de traducción, unas alegorías o incluso unas ocasiones en las que una declaración temprana se sustituye por una nueva, excepto que en general si aceptan que la visión de Pedro los libera de la obligación de seguir las leyes dietéticas judías, y que Jesús sí modificó la ley de Moisés de “un ojo por un ojo y un diente por un diente”.

Si alguien tiene esta fe sinceramente no hay razón para discutirla. Pero sí tenemos el derecho de pedirle a la gente de ser consistente en su creencia. No se puede aceptar una declaración mientras rechaza otra. Si un mandamiento viene directamente de Dios, lo mismo vale para otro

mandamiento. A pesar de eso, muchos cristianos que creen en la Biblia citan sólo los textos que coinciden con sus propias ideas. Si creen en el castigo corporal para los niños, citan Proverbios 23, 13 y 14, pero pasan por alto Deuteronomio 21:18-21, que aconseja que un hijo desobediente debe morir lapidado. Si su mayor preocupación es el consumo de alcohol citarán Proverbios 20:1 o muchos otros textos que advierten contra la embriaguez, pero no mencionarán ni el consejo moderado en Timoteo 5:23, cuanto menos Proverbios 31:6-7 que nos pide dar el alcohol fuerte a los que perecen y el vino a los en aflicción amarga para que se olviden de su pobreza, y Deuteronomio 14:26 que manda a uno que no puede llevar su diezmo a Dios porque vive demasiado lejos, de convertirlo en dinero y gastarlo en “bueyes, u ovejas, o vino o bebida fuerte o lo que le apetece”. Se ha hecho mucho énfasis en ciertos pasajes, notablemente el de Pablo que si alguien no quiere trabajar, que no coma, que parece referirse a la comida común que compartían los cristianos tempranos y no a ganarse la vida en el mundo industrial moderno. El mismo Pablo se queja de sólo él y Bernabé, entre los apóstolos, no tienen el derecho de negarse a trabajar (1 Corintios 9:6).

No es que los textos elegidos sean equivocados. Cualquiera puede preocuparse por el alcohol o la gente que evita el trabajo. Es más bien que el mensaje entero de la Biblia se deforma cuando se seleccionan ciertos textos con los que por acaso se pone de acuerdo y justificarlos por la Biblia. La Biblia no trata principalmente de disciplinar a los niños, de no beber alcohol o de trabajar para ganarse la vida. Es acerca de los actos poderosos de Dios, y si hay una única parte en la que se debe poner el énfasis especial para el comportamiento humano, es el Sermón de la Montaña, las Parábolas, y los de sus comentarios que no se acuerdan con las opiniones aceptadas por lo general. Una persona que se da a citar textos para apoyar su punto de vista raramente cita “Bienaventurados los mansos” o los mandamientos de amar a su prójimo, de poner la otra mejilla o de perdonar setenta por siete veces, aún menos “¡ay de ustedes los ricos!” (Lucas 6:24) porque éstos necesitan acciones de nuestra parte que contradicen a nuestras opiniones cotidianas. Sin embargo hacen tanto parte de la Biblia como las declaraciones con que se acuerda nuestra sabiduría mundana, y a que, lógicamente, se podría prestar una atención especial tanto como por ser la enseñanza de nuestro mismo Señor como por el hecho de que no son las conclusiones a las que hubiéramos llegado a base de nuestro razonamiento ordinario. Creer en ellas necesita un verdadero acto de fe.

La verdad es que se puede probar casi todo lo que quiera por medio de la Biblia, y mucho de lo que hoy en día consideramos inaceptable, como la poligamia o la obligación de impregnar a su cuñada viuda pero sin niños, que por no haberlo hecho deliberadamente Onán fue castigado con la muerte (Génesis 38). Tal vez sea la respuesta que la Biblia debe leerse bajo la dirección del Espíritu, es eso no se hace siempre.

Tampoco habla la Biblia directamente de unos de los problemas más urgentes de nuestro tiempo. Dice poco o nada sobre el aborto, el almacenamiento de las armas nucleares que podrían destruir el mundo, el abuso de los niños, las madres que trabajan, las drogas distintas del alcohol, o un problema de que ni siquiera las iglesias han hablado a menudo, y que destroza muchas vidas,

vivir del crédito. El individuo tiene que formular su posición en cuanto a esos problemas por el sentido general de la Biblia y no por textos específicos. Lo que sí hace la Biblia es que nos da unas indicaciones muy claras de cómo deben ser nuestras relaciones con los demás. No debemos juzgar. Debemos perdonar. Debemos satisfacer las necesidades básicas de los pobres. Podemos enojarnos, según Pablo (Efesios 4:26) pero no deja ponerse el sol sobre nuestra ira. Tenemos que amar tanto a nuestros enemigos (o preocuparnos por ellos) como a nuestros amigos. Sin embargo, el mandato ordena de hacernos amigos de nuestros enemigos. Y si tenemos dudas acerca de la naturaleza específica de este amor tenemos en Corintios 12 un análisis de esto que nunca ha sido superado.

VI. El trabajo social y el pecado

El trabajo social profesional, por lo general, ha rechazado el concepto del pecado, o por lo menos el uso de esa palabra, y eso principalmente por cuatro razones.

Primero, la doctrina del pecado original, que sostiene que el hombre nace pecador desde que Adán y Eva desobedecieron a Dios en el Jardín del Edén, se ha usado mucho a menudo para justificar la severidad hacia los pobres. Se creía que los pobres eran contumaces. La culpa de ser pobre era suya. En efecto, se dice que en el siglo XIX en la Inglaterra los únicos dos grupos que mostraron compasión hacia los pobres eran los unitarios y los cuáqueras, porque ellos no eran “impedidos por la creencia en el pecado original”. Los adinerados y los exitosos, por otro lado, se veían como favorecidos de Dios, y por lo tanto menos pecadores. Y esta creencia no es simplemente algo del pasado. Se ha citado recientemente al líder de un movimiento religioso popular diciendo que la riqueza material representa la manera en que Dios recompensa a los que siguen su voluntad.

Segundo, muchos grupos cristianos han desarrollado un concepto estrecho del pecado, hasta ser legalista. Se han vuelto preocupados no por el estado general de la persona sino por actos individuales, o en algunos casos con la falta de actuar. Han confundido el pecado en principio con los pecados individuos. Así, robar es un pecado, pero codiciar, es decir desear algo que no le pertenece, no se ve como algo serio, a pesar del Décimo Mandamiento. Del mismo modo, usar una palabrota es un pecado, mientras que el estado de ánimo que se sirve de Dios para justificar su deseo personal mundano, incluso el éxito de su equipo de fútbol, no se ve como un pecado. Pero lo es, tanto como tomar el nombre del propio Dios en vano.

El trabajo social, con el conocimiento que ha logrado de la motivación humana, consciente e inconsciente, y su preocupación por la persona entera en su relación con los demás, considera este concepto del pecado como demasiado sencillo, y también lo ven así los cristianos maduros. La iglesia temprana y medieval desarrolló un concepto del pecado más útil que vale la pena de examinar hoy. Listó los siete pecados mortales, cada uno representando un estado espiritual que imposibilita al individuo estar en comunicación con Dios. Tres de ellos, conocidos como los pecados “ardientes”, son la avaricia, la envidia (ambas se podrían incluir bajo la codicia) y la pereza, que ha tenido una historia interesante. Mientras que hoy se interpreta como el rechazo de trabajar o de ganarse la vida, su sentido original era la depresión, la desesperanza o la indiferencia a lo que ocurre alrededor de sí. Y la fuente de todos los pecados mortales, el de que los otros son vástagos, es la soberbia, es decir el orgullo, o más propiamente la arrogancia – la palabra latina es “superbia” – sentirse superior, y específicamente comportarse como si fuera Dios o como si pudiera pasarse sin Dios. Era lo con lo que tentó la serpiente a Eva – “serás como dios, sabiendo al bien y al mal” (Génesis 3:5). Incluye, por supuesto, la desobediencia, uno de sus resultados.

Restringir la noción del pecado a actos deliberados de desobediencia a la voluntad de Dios o, desde un punto de vista seglar, a las costumbres de la sociedad, lleva a la tercera razón por la cual los trabajadores sociales se han opuesto a la idea del pecado. Para demasiados cristianos, convencidos de que sepan lo que es un pecado y lo que no lo es, que sea desde su lectura de la Biblia o la enseñanza de su iglesia, y creyendo que lo único que se necesita para no cometer esos actos es una acción de voluntad de parte del pecador, se encargan de reprender, culpar, rehusar a tolerar, castigar o en algunos casos iluminar al pecador. Y a propósito de eso se pueden decir dos cosas: es malo trabajo social, y es un cristianismo dudoso.

Es malo trabajo social porque la reprensión, la culpa y el castigo no son ni eficaces ni métodos aceptables de ayudar a la gente para que crezca y cambie. Aún los métodos del trabajo social que proponen cambiar el comportamiento del individuo, como la modificación de comportamiento (“Behavior Modification”) han concluido que el reforzamiento positivo es más eficaz que el negativo, y lo que necesitan la mayoría de nuestros clientes es ser amados, perdonados y alentados en lugar de intensificarse su culpa y su sentido de inutilidad.

Pero también es cristianismo dudoso. Lo es por dos razones. La primera es que el cristianismo es una religión de amor. Jesús, es cierto, a veces reprendió a ciertos grupos, principalmente los orgullosos y los insensibles, pero cuando tenía tratos con individuos, y cuando los curó, era siempre por el amor y nunca por la culpa. Tal vez dijo después, “Ve, y no peca más”, pero murió por los pecadores, los amó a ellos como a sí mismo, y es el amor de Dios por nosotros, y su perdón de nuestros pecados que es el motivo principal de nuestro deseo de ayudar a los demás. Pero segundo, y aún más convincente quizás, es que arrogarse a sí mismo el derecho de reprender a los demás es por lo menos muy cerca del pecado de la arrogancia, y también es desobediencia, porque Jesús era muy explícito que no tuviéramos el derecho de juzgar a los demás.

Algunos cristianos mantienen a esas alturas que puesto que tienen una guía infalible en la Biblia o en la enseñanza de su iglesia, en cuanto a lo que se prohíbe, no hacen un juicio personal, y eso nos lleva al cuarto problema. Muchos cristianos son muy selectivos y ponen demasiado énfasis en los pecados que ellos mismos consideran los más serios. Por lo tanto, por ejemplo, los actos que derivan de los supuestos pecados de los pobres, específicamente la lujuria y la pereza (en su sentido moderno) han sido mucho más condenados, incluso en iglesias, que los que se encuentran más comúnmente entre los ricos: la avaricia y la gula, en el sentido del llamado “consumo conspicuo” así como la soberbia misma. La lujuria ha sido vista por muchos cristianos como el pecado principal, aunque era a propósito de este pecado que Jesús dijo “El que de vosotros esté sin pecado sea el primero a arrojar la piedra contra ella”. Y del mismo modo era más perdonador con la de Samaria que “vivía en el pecado” que lo era con los que se comportaban orgullosamente. Dorotea Sayers, en su panfleto “Los seis otros pecados mortales” dijo que sabía de muchas instituciones para las llamadas “mujeres caídas” pero ninguno para los usureros reformados.

Por otra parte, los cristianos no están de acuerdo entre sí sobre lo que es el pecado, incluso sobre una cuestión tan crítica que el aborto. Tan sincero que se siente uno en cuanto al asunto, no se puede negar que sus juicios sean personales, por falta de un mandamiento bíblico específico acerca de que no se puede tener duda, como, por ejemplo, en el caso del mandato de no juzgar, o de perdonar setenta por siete veces.

¿Cómo, entonces, se relaciona el trabajador social cristiano al problema del pecado?
Obviamente, no se puede condonar. No puede fingir que pecar sea bien, o ser indiferente.

El consejo habitual es el de “odiar el pecado pero no al pecador”. No es tan fácil como lo parece. Si le decimos a alguien que lo que está haciendo es un pecado nos establecemos como monitores de su comportamiento y pretendemos ser más sabios y más morales. Eso se puede hacer, quizás, con niños o con un cliente al principio de un compromiso cristiano o un entendimiento de la fe, pero aún entonces necesitamos tener cuidado de no arrogar a nosotros un derecho de juzgar sus acciones que en realidad no tenemos. Podemos por supuesto declarar a la gente que en nuestra opinión, o en la opinión de la mayoría de la gente, o en la opinión de la iglesia, se ésa le importa, que lo que hacen o proponen es equivocado, y preguntarles si han bien reflexionado sobre el asunto, pero la elección eventual queda suya. “Un hombre convencido en contra de su voluntad se queda aun con la misma opinión”.

Una cosa útil que puede ser ver que los estados de ánimo que nosotros cristianos sabemos pecaminosos – es decir, no en sintonía con la voluntad de Dios – como la lujuria o la envidia, y que producen pecados reales – son lo que los trabajadores seculares llaman la inadaptación, la disfunción, la neurosis o incluso trastornos de carácter. Ésos también son lo que ellos tratan de ayudar a la gente a domar. No son por la mayor parte actos de voluntad deliberados, aunque los “pecados” reales quizá lo son, pero esas acciones son ellas mismas el producto de una mente pecaminosa o irracional. Y esos no son estados de ánimo felices. No sólo tienen a veces consecuencias desagradables sino que un pecador nunca está satisfecho. La lujuria nunca satisface la necesidad de la cercanía a los demás, ni la avaricia o la envidia la codicia de las posesiones, ni la arrogancia la necesidad del poder o el reconocimiento. El avaro sigue acumulando la riqueza que no necesita de ninguna manera. El hombre lascivo está siempre a la búsqueda de una nueva experiencia, más excitante. Mientras que los cristianos saben que es sólo por la gracia y la sumisión total a Dios que se consigue la paz con sí mismo, los seres humanos insatisfechos pueden encontrar una medida de contentamiento en las relaciones o logros humanos cuando reconocen su insatisfacción y piden ayuda. De ahí la pregunta razonable que se puede hacer cuando el estado de ánimo de alguien lo lleva hasta un acto equivocado, o la contemplación de ello: “¿Cree que eso va a darle satisfacción?” o “¿Es eso lo que verdaderamente quiere hacer?” o siquiera “¿Va a poder vivir con esta decisión?” De hecho se puede ayudar a alguien a evitar una acción pecaminosa con este tipo de preguntas que prohibiéndola o con reprensiones.

Los cristianos que tienen creencias muy fuertes acerca de lo pecaminoso de ciertos actos o prácticas, tales que el aborto o la homosexualidad, a menudo ven sus creencias en contraste nítido con lo que ven como la “tolerancia” seglar de esas prácticas. Quizás que tengan que comprender que no hace parte del trabajo del trabajador social de tolerar o de prohibir algo. Sería una gran lastima si ser cristiano significara ser intolerante. Y la gente que reacciona en contra de lo que consideran como “tolerancia” quizá experimentará dificultades tanto para permitir que sus clientes les hablan de sus problemas en esas áreas como para ayudar a un cliente que considera qué hacer acerca de dichas áreas.

Ellos se enfrentan también al dilema de cuanto pueden ser comprensivos con clientes que eligen tales prácticas. Teóricamente pueden ver que uno no se puede decidir a menos que haya considerado todas las alternativas posibles, buenas y malas, pero la convicción del trabajador puede ser tan fuerte y le puede parecer una acción tan repugnante que se vuelve demasiado poderoso para este conocimiento. Y cualquiera agencia o trabajador tiene el derecho de no participar en cualquiera acción que cree prejudicial. Tiene el derecho, incluso el deber, de hacer claras sus convicciones. Tiene el derecho y la obligación de mostrar porqué cree que una práctica sea equivocada, o improductiva, o que probablemente llegara al desastre, pero no de tomar las decisiones por los demás ni de condenarlos.

La doctrina del pecado original, que ha sido tan abusado, es una que debería ayudar a los trabajadores sociales a entender el pecado de los demás. Lo que nos dice es que todos somos pecadores, aunque no del mismo modo. Ahora no hay una distinción, ya que todos hemos caído corto de la gloria de Dios. El trabajo social seglar aprendió un principio algo similar cuando adoptó la teoría de Freud de la “neurosis universal”. Los trabajadores sociales no son la gente “buena” dictando a los demás lo que es bueno y lo que es malo. Eso lo trataron de hacer los fariseos. Los trabajadores sociales son gente como la a quien ayudan y lo que puede parecerles la tolerancia es en efecto la comprensión de cuanto hondo están las raíces del pecado y la discordia y cuanto difícil queda extirparlas.

VII. La perspectiva cristiana del sufrimiento

En su libro *La filosofía del trabajo social*, Herbert Bisno toma como su primer postulado que “el sufrimiento humano es indeseable y debe ser impedido, o por lo menos aliviado, siempre que sea posible”. También se opone a lo que cree son tres perspectivas cristianas del sufrimiento: que a menudo se merece, y por lo tanto correcto y natural; que es una manera por la cual la gente puede expiar su pecado; y que el sufrimiento le ennoblece al individuo, o como dicen algunas, que “forma el carácter”. Examinemos esas perspectivas posibles y ojalá que lleguemos a lo que un trabajador social puede o debe creer.

La mayoría de nosotros estarán de acuerdo con Bisno que lo mayor del sufrimiento humano es indeseable y debe impedirse y aliviarse. Jesús curó a los enfermos y los minusválidos. Alabó a los que dieron de comer a los hambrientos, vistieron a los desnudos, y visitaron a los en la cárcel. Ningún cristiano verdadero ve algo correcto, útil o ennobleciendo en un niño de quien se abusa, en alguien que se consume de hambre, que vive bajo la opresión o rechazado por la sociedad. Todos nosotros trataríamos de aliviar el sufrimiento de un paciente con un cáncer terminal o de un padre cuyo niño ha muerto. Ésos son, por lo que podemos ver, formas innecesarias del sufrimiento, y que están dentro de los límites del poder de nuestra influencia, y el trabajo social debidamente se compromete a hacer lo que puede para aliviarlos.

Además debemos tener cuidado de no condonar el sufrimiento, de permitir que continúe, porque opinamos que la persona que sufre se lo ha buscado. Eso sería hacer un juicio que no tenemos el derecho de hacer. Es cierto que la sociedad inflige el sufrimiento a algunos que han cometido crímenes. Aparte de cualquiera cuestión de la eficacia de esto, se hace en este país únicamente por el proceso de la ley, con muchas salvaguardias para el acusado, y los trabajadores sociales no son jueces. Unos de los más grandes trabajadores sociales como, por ejemplo, Elizabeth Fry, han gastado la vida tratando de aliviar la situación de los prisioneros.

Tampoco podemos ignorar el sufrimiento humano porque Dios a veces, aparentemente, emplea el sufrimiento para castigar o desafiar a alguien. La historia de Job es un buen ejemplo. Algunos cristianos creen que debe existir un propósito en todo sufrimiento mas allá de nuestra comprensión, si no Dios no lo permitiría, y unos cristianos tempranos, frente al sufrimiento aparentemente innecesario, tomaron refugio en la creencia que mas sufre uno en esta vida, más sera su recompensa en el cielo. Pero el problema es que mucho sufrimiento es mas allá, o sea fuera de nuestra comprensión, o como dijo el Salmista, “demasiado estupendo para mí”. No sabemos porque la gente sufre, y queda claro, en Mateo 25 así como en las propias acciones de Jesús, en Santiago 1:27, y del mensaje del evangelio, que Dios espera que aliviemos el sufrimiento, lo que sea su causa.

Sin embargo sabemos algo más, y ahí es que tenemos que cuestionar la declaración categórica del Dr. Bisno.

Sabemos que se necesita algún sufrimiento en el crecimiento, para tomar decisiones sabias y maduras, para volverse una persona responsable. El arrepentimiento es a veces agonizante. Lo son también otras maneras de enfrentarse con la verdad. Además sabemos, a pesar del Dr. Bisno, que hay sufrimiento que ennoblece. Un caso obvio es el de Helen Keller, o de un niño o niña que supera al polio y se convierte un gran atleta. Una investigación reciente demuestra que algunos niños maltratados desarrollaron una sensibilidad particular para las necesidades de los demás y se volvieron los padres más cariñosos. Nuestro error sería creer que siempre fuera el caso. Es probable que el sufrimiento estropee a más personas que mejore. Tenemos pocas indicaciones actualmente de cómo ciertas personas logran convertir una derrota aparente en una victoria, salvo que sea por la gracia de Dios, aunque sí sabemos, en términos humanos, que es más probable que la gente lo logre si se le permite expresar su enojo y su dolor.

Entonces, ¿cómo sabemos que tipo de sufrimiento que aliviar, y que tipo se le necesita a la gente para crecer y madurar? Por supuesto hay el sufrimiento a que una persona se somete para alcanzar una meta. Hay largas horas de entrenamiento, a veces dolorosas, a que se somete un bailarina, un músico, un medico e incluso un trabajador social para lograr éxito en su trabajo. Hay la renunciación de los placeres del día que emprende una monja. El último ejemplo, por supuesto, es el Cristo, que eligió a sufrir por nuestra salvación. Incluso arrepentirse “de arpillera y cenizas” (“in sackcloth and ashes”), si no se trata de un autocastigo neurótico, puede señalar un nuevo comienzo.

Sin embargo, pensar sólo en el sufrimiento elegido por sí mismo no resuelva nuestro problema. El caso más común es el de una persona que se enfrente a una responsabilidad o una decisión difícil, cuando tomarlo se volverá doloroso. Podríamos evitarle este dolor ocultándole la verdad o aún tomar nosotros la responsabilidad. Podríamos protegerla. Pero proteger a alguien, excepto en una situación a que no puede hacer frente, es tratar con esa persona como si fuera un bebe. Es depreciarla negar que sea una persona por quien deseamos una vida más abundante. Es privarla de la experiencia de ser una persona responsable. Si de veras quisiéramos evitar a la gente que experimenten el dolor, la guardaríamos drogada, a media viva, o embriagada.

Un ejemplo de ello que ocurre a menudo es la madre soltera que tendrá que abandonar a su niño en adopción. Ciertos médicos y trabajadores sociales nunca la dejan ver al niño porque una vez que lo ve le caería penoso abandonarlo. Si escamoteamos a su niño no sólo la alentamos en la irresponsabilidad pero también le negamos el derecho de tomarse la decisión de abandonar a una parte de sí misma a causa del amor que siente por su niño. La robamos de la experiencia de ser madre. Mucho a menudo el resultado es que en los años a venir ella será obsesionada por la ansiedad por el niño a quien dio la luz. Y hay evidencia que al niño adoptivo le vuelve importante que hubiera sido abandonado por amor y no por indiferencia. El poeta Tennyson escribió, “Más vale haber amado y perdido que nunca haber amado”, pero la psicología moderna tiende a decir “No ames demasiado a alguien porque te hará demasiado dolor si lo pierdes”. Cuando Jesús dijo que quizá tendríamos que abandonar todo, incluso a los que más amamos, por

Él, no implicó que no deberíamos amar a lo que abandonamos sino que cualquier sacrificio de nuestra parte era aún más valioso porque amamos mucho al otro.

VIII. El trabajo social y atestiguar

Los cristianos se obligan a atestiguar a Dios, a difundir el evangelio, a “ganar” almas para Él. Además, si es gente cariñosa, por supuesto quieren compartir su experiencia de Él que le significa tanto. Tal vez están convencidos de que si solamente una persona afligida aceptara a Dios la mayoría de sus problemas desaparecerían y, quizás, y aún más significativo, que si alguien no lo haga, esa persona no heredará de la vida eterna. Por eso el impulso de contar la epopeya cristiana, de instar a los demás a creerla, es a la vez fuerte y loable. Es un poco más dudoso cuando toma la forma de intentar convertir la gente a las creencias de una cierta denominación o secta, a lo que tanto los no cristianos y los cristianos pueden oponerse, pero si uno cree de verdad que sólo los que tienen esas creencias particulares se salvarán, no se puede impugnar sus motivos.

Entonces, ¿por qué debería un trabajador social cristiano abstenerse de atestiguar en cualquiera ocasión, de instar a sus clientes de volverse cristianos, de ser en efecto un misionero de la fe? La respuesta se encuentra no tanto en el concepto del papel – de lo que es trabajo social y lo que intenta hacer – o en el derecho de la gente de elegirse la propia religión, incluso de no tener ninguna religión, aunque vale la pena de reflexionar sobre ello, sino en la naturaleza de la fe misma.

La fe no es algo que se consigue nada más porque alguien le dice que debería tenerlo. Uno tiene primero que fiarse en la persona que lo dice. Es más, la fe que se le demanda tiene que tener sentido a la luz de la propia experiencia. Quizá que hubo un tiempo, incluso en los Estados Unidos, cuando mayoría de la gente nunca se enteraron de Jesucristo. Pero eso no es el problema mayor de hoy. El problema de hoy es que aunque la mayoría de la gente han oído la palabra de Dios, mucha gente, lamentablemente, y en particular la gente con que se ocupa el trabajo social, no tienen ninguna razón para creerla.

¿Por qué lo deberían? De hecho, ¿cómo lo pueden? ¿Cómo se puede confiar en un Padre de amor cuando “padre” para ti es alguien que vuelve a casa emborrachado y te golpea? ¿Cómo creer que Alguien que no se puede ver te perdona tus pecados, si desde siempre la gente a quien no se puede ver no te ha perdonado nada? Incluso no se sabrá lo que es el perdón. ¿Cómo confiar en un Hombre que te dijo que los humildes heredarán del mundo cuando tenías que luchar para todo lo que tienes? ¿Cómo fiarse en cualquiera o cualquier cuando todos y todo lo que has conocido te han decepcionado?

Se necesita algún estado de ánimo, alguna experiencia del amor humano, algún éxito en la vida, alguna esperanza antes que se pueda comprender y poner la fe en el mensaje cristiano. Pablo dijo que la fe era el regalo del Espíritu, y es cierto, pero lo que podemos hacer en tanto de trabajadores sociales – y sí que tenemos una oportunidad maravillosa para hacerlo – es de mostrar tanto amor y perdón que una persona confusa y desesperada pueda entender el mensaje del Espíritu cuando llegue.

Una consideración de la parábola del Sembrador puede ser útil a esta altura. La semilla sólo crece hasta la madurez cuando hay un buen suelo que la recibe. Pero el suelo pedregoso o escaso puede convertirse en suelo propicio con la añadidura de nutrientes (el amor), la arada (hacer frente a la realidad) o el desagregado de los terrones (deshacerse de los obstáculos) y quizá lo que pueden hacer los trabajadores sociales por la mayor parte es de ser labradores de la tierra, y no el Sembrador, que debe ser, a la larga, Dios mismo. Es verdad que ciertos hombres y mujeres, predicadores poderosos o profetas, pueden actual, para decirlo así, de sembradores para Dios, pero siquiera ellos tienen por la mayor parte oyentes listos a escucharlos.

Entonces, ¿cuándo es conveniente para el trabajador cristiano atestiguar directamente de su fe? Hay cuatro situaciones en que sea posible.

1. Cuando un cliente es un cristiano o quiere volvérselo. Cuando entiende el lenguaje cristiano y que le tenga un sentido. Cuando la gente quiere saber más o necesitan su compañía en la fe, para orar, meditar o explorar lo que puede significar la fe para ellos.

2. Cuando un cliente pregunta porque tú o tu agencia se dan tantas molestias para ayudarlo cuando nadie otro quiere hacerlo. Eso puede ser una verdadera revelación para el cliente, particularmente, que desgraciadamente sucede a veces, sus contactos anteriores con la religión o la gente religiosa ha sido con sus aspectos más ásperos. La imagen que tiene mucha gente de la religión se amargó por la asociación con un padre, un pariente o un pastor puritano o sentencioso, y el descubrimiento que ese contacto puede llevarle a uno a la felicidad o el amor es algo nuevo.

3. Cuando los clientes son religiosos pero su perspectiva de la fe es deformada o inadecuado. Aquí debe tener cuidado, sin embargo, para no contradecir a las creencias de la persona sino a ampliarlas. Por lo tanto, sin de ninguna manera echar duda en las creencias de alguien que sigue minuciosamente los mandatos de Dios pero ha elegido solamente a los que sostienen su enojo contra los malhechores, se puede indicar que la Biblia también dice que la “ira del hombre no obra la justicia de Dios” (Santiago 1:20) o que todos los mandamientos se suman en la sola exigencia de amar a su prójimo como a sí mismo (Romanos 13:9).

4. Cuando alguien empieza a hacer el tipo de preguntas a que responde directamente la religión, como “¿Cómo puedo vivir conmigo?” o aún “¿Cómo podré hacer eso?” A veces esas aparecerán no en forma de preguntas sino de declaraciones: “No puedo confiar en nadie o nada”, o “No tengo ningún esperanza para mí”. Ahí lo que puede decir el trabajador social es: ¿Se le ocurrió que Dios sí le perdona sus pecados?” o “Quizás Dios y usted podrán hacerlo juntos”, o incluso, “Sabe, Cristo murió por la gente como usted”. Mas se acerque la persona a su propia naturaleza, mas sus preguntas se volverán en las a que puede la religión tiene la respuesta, y más lista estará la persona para ver a la fe como una opción con vida.

Tal vez no precisa decirlo, pero sí se deber tener en cuenta, que el testigo cristiano más efectivo no habla de religión sino que trate a la gente de manera cristiana. Y quizá tenemos que añadir

una advertencia al trabajador que, en su deseo de compartir su experiencia de Dios, hace un testimonio personal: el ayudante más peligroso es el que ha resuelto sus problemas y que ha olvidado lo que le costó.

IX. Lo espiritual y lo material

“El hombre”, dijo un conferenciante en el Congreso Nacional de Caridades y Correcciones en 1905, “es un ser espiritual y si se debe ayudarlo debe ser por medios espirituales”. Ella expresó lo muchos cristianos interpretarían como una perspectiva cristiana. Es verdad que otro conferenciante notó que lo que querían los pobres era menos consejos buenos o iluminación espiritual y más dinero con que comprarse de comer, mas alojamiento asequible y mejor atención médica. Porque aunque los hombres y las mujeres sean seres espirituales, también son seres biológicos y es difícil ser espiritual cuando tiene hambre, frio o que está enfermo.

Nadie lo sabía mejor que nuestro Señor mismo. En el capítulo veinticinco de Mateo no dijo “Necesité su consejo y no me aconsejaron” sino “Estaba hambriento...desnudo...enfermo”. Aunque incluyó en el servicio la visita a los enfermos y los en la cárcel. Puso primero las necesidades materiales. Y es el único fundador de una religión mayor que rezó por el pan cotidiano. Además dio de comer a los cinco mil.

A pesar de eso, muchos cristianos parecen creer que hacen menos de lo que deberían si se preocupan de las necesidades materiales de la gente. Quieren ser consejeros o terapeutas y no tener que tratar con los asuntos prácticos de la vida diaria. En una discusión reciente de lo que quieren los trabajadores sociales para sus clientes, los trabajadores cristianos se preocuparon mucho menos que la mayor parte de los trabajadores sociales de que la gente debiera tener una dieta sana o que se puedan conseguir atención médica adecuada, y más preocupados por lo que sus clientes se comportaran de una manera generalmente aceptada.

Este sentimiento tiene probablemente tres raíces. En primer lugar hay una creencia persistente que hay gente pobre, o afligida, por alguna flaqueza moral. Si sólo su caracteres pudieran mejorarse, cesaran de ser pobres y se resolverían todos sus problemas. Al reverendo Thomas Chalmers, un gran humanitario de hace dos siglos, se le hizo la pregunta de que si le diera a un hombre un abrigo, vendría a la iglesia. No, respondió, pero si le persuaden a acudir a la iglesia, saldrá para comprarse un abrigo. Suena como una buena declaración moralista, pero no es muy realista. Asume que por venir a la iglesia, este hombre podría encontrar el dinero que antes no tenía; asume que no se había comprado un abrigo antes porque era perezoso o que gastó su dinero para beber. Mientras pueda ser verdad en algunos casos, no lo es para alguien que está en el paro, discapacitado o a quien se deja a cargo de niños hambrientos. Ciertos trabajadores sociales del siglo XIX mantuvieron que toda ayuda material a los pobres era un error. La excepción destacada era el general William Booth, el fundador del Ejército de Salvación, que había experimentado la pobreza.

Segundo, tratar con asuntos intangibles, como el duelo o las relaciones personales, tiene un toque de profesionalismo que no tiene el trato con los asuntos prácticos. Eso no atrae solamente a los cristianos. Los trabajadores sociales seculares, encantados con los conocimientos de la gente y sus problemas que han adquirido, a menudo se interesan mucho mas por el individuo que exhibe un

comportamiento extraño que por el que no tiene un empleo o un poco de dinero para vivir. Piensan que no están sirviéndose de sus habilidades adquiridas por el entrenamiento cuando desempeñan actos sencillos que la gente necesita para llevar una vida casi normal. Cualquiera, se supone, puede suministrar las cosas materiales, pero solamente los trabajadores sociales pueden tratar con las emociones y los sentimientos. Sin embargo, mas y mas se vuelve claro que esas acciones simples, y la manera en que se hacen, con el amor que los acompaña, la consciencia de que hay alguien que se preocupa por uno, la compasión que se muestra por lo que uno está experimentando, que es el punto de partida del crecimiento espiritual.

Pero es la tercera razón que quizá pone más problemas para el trabajador social cristiano. Se nos enseñó desde que nacimos que la gente tiene un alma, que nos da nuestra parte espiritual, y un cuerpo, que es mundano, material, o, incluso, decimos, carnal y no espiritual del todo. Pero eso no es bíblico para nada. El hombre se hizo una “alma viva” (según la versión inglesa del rey Jacobo) o un “ser vivo” (en la Versión Revisada) – la palabra hebrea “nefesh” significa un ser humano completo. No se volvió un alma en un cuerpo. Eso es algo que se pidió prestado por otras religiones. Los cristianos creen en la resurrección del cuerpo, de la persona entera, cuerpo y alma. La mejor explicación del problema es quizás el siguiente: “El pan para sí es cosa material. El pan para su prójimo es espiritual”.

X. El trabajo en una agencia seglar

Algunos trabajadores sociales cristianos prefieren trabajar en una agencia religiosa, y unos se deciden a establecerse en una práctica privada. Sin embargo, como hemos dicho, hay una necesidad para los trabajadores cristianos en las agencias del gobierno y en otras agencias seculares, en particular en los que tienen que ver con el suministro de las necesidades básicas de la gente. Como se cumplen esas necesidades, a regañadientes o con amor, con respeto para los recipientes o con condescendencia o desaprobación, tiene mucho que ver con qué tipo de país somos y qué tipo de ejemplo mostramos al mundo exterior.

Si se acepta un empleo en una agencia seglar, se comprometa, claro, de llevar a cabo las políticas de la agencia en cuanto se queda con ella o no se mueve a protestar abiertamente o sacrifica mente en contra de alguna política o practica. No tiene el derecho de ignorar las políticas o de prestarles otro sentido de lo que intenta la agencia. Los clientes tienen un derecho a fiarse en la consistencia, de la dirección y de de la junta directiva (Board of Trustees) de la agencia de que sus fondos se gastaran como se lo intenta. Pero también pueden surgir ocasiones en que el cristiano no puede, de buena consciencia, llevar a cabo una política que considera o dañosa espiritualmente o no cristiano en su tratamiento con la gente.

En aquel momento tiene dos opciones. Una es dimitirse o rehusar de cumplir la política, como lo hizo un joven llamado Bennie Parrish hace unos años cuando se negó hacer una redada en el hogar de un cliente para ver si estaba cohabitando con otro hombre. El señor Parrish, que ha sido motivado tal vez por razones religiosas o por la simple decencia, perdió su empleo pero su acción le condujo hasta la Corte Suprema, que prohibió la política que protestaba. Y hay otros casos.

El trabajador social cristiano puede encontrarse con sospecho si usa lenguaje religiosa. Muchos trabajadores sociales exhiben una sensibilidad extrema a todo lo que puede, según ellos, promover una forma particular de religión, o siquiera de la religión misma. Esto es, por la mayor parte, una reacción contra los llamados “Cristianos de moralidad” (“Christians of Morality”) que quieren servirse del trabajo social para imponer sus propias creencias a los clientes o que sólo se interesan en una forma estrecha de evangelismo, pero a veces se lleva a extremos absurdos. Cualquier cosa que huele a religión es tabú, aunque una mayoría de los trabajadores de la agencia pueden ser creyentes. Ahí tenemos, sin embargo, un problema constitucional. El gobierno no puede favorecer una forma de religión sobre otra, y eso ha sido interpretado recientemente para incluir la falta completa de religión.

Eso plantea un problema para el trabajador social cristiano que quiere establecer su posición y por supuesto piensa en términos religiosos. Le puede parecer como una traición de la fe cuando no puede proclamarse como se le enseñó. Pero aún Pablo, cuando hablo en el templo del dios desconocido, empezó con algo que sus oyentes conocieron y aceptaron. Lo que un cristiano debe aprender es que ciertas expresiones, como “salvarse”, “aceptar a Jesús” y hasta tales palabras

como “pecado” y “gracia”, aunque tienen un gran sentido para el hablante, tienen poca o ningún sentido, o incluso puede ser ofensivo, para la persona que ha rechazado la historia cristiana, o que tiene otra fe. Pueden ser ofensivos también a ciertos cristianos que usan un vocabulario diferente. No comuniquen bien a los que no los conocen, y por eso impiden la comunicación en lugar de apoyarla.

Lo que puede hacer el trabajador social cristiano es, primero, aprender el lenguaje profesional, como el misionero aprende el idioma del pueblo con quien trabaja, y entonces relacionarlo con su entendimiento cristiano. Por lo tanto hemos sugerido que mucho de lo que la ciencia social llama la “disfunción” o la “alienación” es lo que nosotros llamaríamos un estado de pecado, y a veces podría ser conveniente hacer ese punto con un no creyente. Él o ella estarían más cerca de comprender lo que somos. Pero por lo general tu testigo será el de tratar a la gente de una manera cristiana y de vivir nuestra religión. La Iglesia temprana no triunfó a causa de su predicación sino a causa de la manera en que los cristianos resistieron a la persecución, se cuidaron a los suyos así como a los pobres. La gente empezó a preguntarse de dónde sacaron su fuerza y pronto empezaron a creer con ellos.

En 1983 la Asociación Norteamericana de Cristianos en el Trabajo Social desarrolló, en lenguaje no cristiana, una serie de suposiciones que creyó formaron la base del trabajo social cristiano y que podían ser entendidas por el no cristiano. Cada uno de estos principios se basa en el entendimiento cristiano aunque la conexión no siempre aparece a primera vista. De hecho, son enteramente bíblicos.

La mayoría de ellos han sido discutidos en este libro. No todos los trabajadores sociales estarán de acuerdo con todos, puesto que los trabajadores sociales no son consistentes en sus creencias. Representan un énfasis particular en el trabajo social más bien que un consenso, pero todos son compatibles con el Código de Ética de la Asociación Nacional de Trabajo Social y los valores mantenidos por un gran número de trabajadores sociales. Por lo tanto pueden emplearse para interpretar a los trabajadores seculares la posición de los trabajadores sociales cristianos, así como servir de guía para los trabajadores sociales mismos. Pero no deben limitar, de ninguna manera, lo que puede ser el trabajo social, ni las perspectivas que el trabajador social cristiano puede derivar de su experiencia religiosa.

Esas presuposiciones, que están, por supuesto, abiertas a la pregunta a la luz de la experiencia religiosa de cualquiera persona, son las siguientes:

Como miembro de la NACSW yo practico, aprendo y enseño dentro del cuadro filosófico siguiente:

1. Los seres humanos tienen un valor infinito, independientemente de sexo, raza, edad o comportamiento.

2. Al mismo tiempo, los seres humanos, incluido yo mismo, son criaturas falibles y limitadas. No son capaces, y nunca lo serán, de resolver todos sus problemas ni de crear la sociedad perfecta. No obstante son a veces capaces, con la ayuda apropiada, de trascender su naturaleza con actos de valentía y compasión.
3. Como ser falible yo mismo, no tengo el derecho de hacer juicios morales sobre los demás, de asumir la autoridad sobre ellos salvo como ordenado por la ley, ni de imaginarme que sé todo sobre ellos.
4. Los seres humanos han sido dotados con la facultad de la elección, que no se les puede negar excepto por el debido proceso de la ley, o cuando sus actos violentos o amenazadores son demostrablemente gravemente dañosos a los demás o autodestructivos, o cuando rinden voluntariamente este derecho por un proceso prescrito.
5. Sin embargo, son responsables de las consecuencias de sus elecciones, y pueden necesitar ayuda para comprender las consecuencias posibles.
6. Ninguna persona está más allá de la ayuda, aunque en este momento no tengamos el conocimiento o la habilidad para ayudar.
7. Todo programa o política que desprecia a la gente, la trata como objetos en lugar de agentes, que intentan imponerle un comportamiento no mandado por la ley, de manipularla sin su conocimiento o consentimiento, o de negarles las elecciones permitidas a otros en nuestra sociedad, debe ser evitado o resistido.
8. Nuestra sociedad está lejos de ser perfecta, y no es mi asunto de actuar como su representante, sino de ayudar a la gente a determinar su relación con ella.
9. El amor, la comprensión y la compasión son la fuente del bienestar y del comportamiento aceptable, en lugar de ser la recompensa para ello.
10. Mientras que la fuerza sea a veces la manera más eficaz para obtener resultados inmediatos, a la larga es contraproducente. La compasión, la comprensión y la preocupación resultan victoriosas.
11. Las ciencias sociales proveen muchos conocimientos útiles para la práctica, pero no pueden explicar todos los fenómenos, y sus declaraciones necesitan ser reevaluadas constantemente en términos de los valores que subsumen.
12. Hay resultados de la ayuda humana que no se pueden medir estadísticamente y los que pueden serlo.
13. Todas las instituciones, valores y compromisos humanos son susceptibles de que sus valores sean sutilmente pervertidos, a menos que se los examine constantemente. Lo nuevo no es necesariamente lo mejor, y los conocimientos nuevos no siempre invalidan los anteriores.

14. La educación profesional y el entrenamiento en la autodisciplina son imprescindibles para el buen trabajo social

15. Como cristiano a la diseminación de lo que creo ser la verdad, mi tarea como trabajador social no es tanto de convencer a los demás de esta verdad, sino de proveerlos la experiencia de ser amados, perdonados y cuidados para que la Buena Noticia en que creo pueda ser una opción creíble para ellos.